

## Notas efímeras<sup>1</sup>

Un aura virgiliana ha acariciado con sus alas impalpables y húmedas de rocío, cargadas de aromas salvajes de liquidámbar y sándalos, la frente de la joven literatura. En el huracán de pasiones que agita al subjetivismo contemporáneo; cuando se canta al mal que florece como planta maldita bajo las umbrosas arcadas góticas de las almas modernas; cuando la jauría de visiones aullantes ronda como en la danza frenética de las brujas de Macbeth mientras humean los filtros emponzoñados que intoxican la muerte, un poeta, un sereno poeta, Manuel José Othón, hace descender desde las cumbres parnasianas un hálito de vida fecunda, de vida sana y panteísta, y las estrofas de su poema “Pastoral” ascienden como una parvada de paseros emigradores del Pelión y el Ossa a la Sierra Madre americana.

Su canto dice que han abrevado en los remansos pluviales de Helicón; su canto dice que han picoteado en las mieses doradas de las campiñas del Lacio; y embellecido su plumaje con la caperuza de oro de los magalones, los Xantocephalus de cabeza y buche anaranjados; con la caperuza de púrpura de los cardenales; con la caperuza turquí de los abejarucos, con la espléndida real capa verde-oro de los *Pharomachrus*, los quetzales regios; han venido esos cantos a los juegos florales del Arte con la potente vida selvática de la Geórgica, se han empapado en la lluvia de oro de las auroras y los crepúsculos, han bebido la frescura del ambiente húmedo de rocío, han proclamado a los cielos la perenne hermosura de la tierra, de la tierra virgen y madre como Miriam la hebrea, y en la música espléndida del endecasílabo hispano han elevado loores altos a la naturaleza y a la vida.

El poema “Pastoral” de Othón, publicado por la Revista Moderna, como toda obra de arte meditada y trabajada, encarna una trascendencia. El poeta prosigue en ella, lejos de la vida cortesana, su obra de propaganda por la vida rústica; sus himnos a la potente naturaleza son continuados gloriosamente en ese poema contemplativo, pletórico de rica y salvaje poesía. Elevar un himno a las cosas sin alma en estos tiempos es audacia que no se permite sino quien tiene alas pujantes, quien desdeña ser arrastrado por el oleaje arrollador de la psiquis moderna, solamente adaptable a refinados organismos que han saboreado los exquisitos placeres que aquí apenas se sueñan. Othón desdeña eso: siente la naturaleza, la ama, la adora, y después de haber “modulado pastoriles cantos al son del dulce caramillo,” después de alegrar la pradera con el cascabeleo del sistro, después de haber arrobado a los pájaros con las notas sonoras del aulós y el plagiaulos, empuña la eptacordada lira de las Musas y arranca de sus cuerdas un vuelo de estrofas aúlicas, ¡y se levanta y se encumbra a las altas regiones parnasianas de la bucólica antigua, ungido por la gloria!

\*

En Michoacán, en un pequeño pueblecito cuyo nombre musical he perdido, vi hace mucho tiempo una fiesta de indios. ¡Fiesta encantadora y sencilla! La nota predominante era la limpieza; las ropas de los indios albeaban; las camisolas bordadas de las indias, de las que se escapaban los redondos brazos morenos y de las que surgía el busto de bronce apiñonado, eran blancas como la nieve; los huipilli, bordados también de sedas de

---

<sup>1</sup> Rubén M. Campos, “Notas efímeras”, La Patria. Diario de México, año XXIII, núm. 6,930 (17 de diciembre de 1899), 1.

colores, eran blancos, con blancura de limpieza.

Sus danzas eran armoniosas y tenían compostura y donaire, y en vez de baratijas y plumeros, iban coronados de flores los danzantes. La industrial y rica raza purépecha había degenerado hasta no poseer sino pobres chozas de adobes: pero no había perdido sus hábitos de pulcritud, y su industria aún viva le permite usar la decencia humilde, que es la más hermosa de las decencias.

He comparado aquella dulce fiesta de un rinconcito de vegetación exhubera, con la fiesta plebeya, netamente plebeya, de la Villa de Guadalupe, ¡y me he sentido sublevado al ver la ola de miseria, de abyección y de vicio que se desborda de todo el Valle de México para azotar con su espuma infecta el trono de la Virgen india! Un hormigueo inmundo ensucia las avenidas de nuestra gran ciudad y afluye a la vasta calzada de la Villa Mística, en la que burbujea el fango social, la gleba corrupta, ávida de bajos placeres, y se codea con una muchedumbre de indios... ¡pero, qué indios!, ¡harapos humanos, alcoholizados e irredentos, degradados y miserables, sucios por excelencia, con la suciedad por trofeo y divisa, paseando su insolente encanallamiento en una apoteosis de miseria!

¡Oh fuego del cielo que lloviste sobre Sodoma! ¿Por qué no purificas con tu bienhechora lluvia todo lo que es obstáculo para el engrandecimiento de un pueblo? ....

Rubén M. Campos